

en su pecho las palabras de Rafael unidas á su turbacion exterior.

La delicada organizacion de Virginia adivinó, por decirlo así, la proximidad del golpe que iba á recibir su corazon, y solo el deseo de no aumentar la pena de sus ancianos padres la hizo sofocar los primeros gritos de su alma.

Rafael esperaba en la sala con el temor de un reo que aguarda su sentencia de muerte.

Habia sacrificado su opinion acompañando á David. En este instante creia sacrificarle su corazon.

CAPITULO VII.

INFIERNO Y GLORIA.

Pocos momentos despues de la entrada de Rafael en la casa de David, se presentaron en la sala los padres de este.

Eran dos ancianos. D. Juan, padre de David, tenia todo el aspecto de un veterano del ejército. De estatura baja, su talle se mantenía sin embargo enhiesto á manera del viejo roble que se

acaba sin doblarse; su semblante estaba revestido de un aire franco y enérgico que inspiraba una irresistible simpatía; su tez un poco atezada por la impresión del sol hacia resaltar el níveo color de su frente, y su nariz formando un ángulo de 90 grados hermoseaba su fisonomía de un modo particular: sus labios gruesos no habían perdido la frescura de la juventud.

Envuelto en una larga bata verde oscura no podía vérselo más que el blanco cuello de su camisa. Estaba con unas pantuflas bordadas en caneva, trabajo exquisito de Virginia.

La señora parecía más alta que D. Juan en razón á su extremada flacura, su color era muy blanco, su frente corta, su nariz aguileña parecía más encorvada á consecuencia de la falta de su dentadura, su boca por esta misma razón desaparecía casi y prolongaba aun su puntiaguda barba. Su fisonomía tenía un aire de reserva y de altivez que rechazaba á primera vista. Un vestido caído naturalmente por la falta de enaguas, permitía palpar sus formas enflaquecidas; las mangas cerradas hasta el puño dejaban salir dos manos musculosas, y sus hombros estaban cubiertos por un

ancho pañuelo de seda de colores vivos concertando con los del vestido.

Rafael, conmovido y ruboroso, apenas podía hablar.

Saludó con dificultad, pero se aumentó para él cuando D^a. Isabel, pues este era el nombre de la señora, con una voz ronca le dijo: — Virginia nos avisó que Vd. es Rafael, amigo de nuestro hijo, y que quería hablarnos.

— Señorita..... Señor..... tartamudeó Rafael, acaso parecerá á Vds. extraña mi visita á esta hora; pero así lo exige el..... suceso.

La turbación de Rafael excitó la curiosidad de D^a. Isabel y de D. Juan. Este, no pudiendo imaginarse á qué se refería el jóven y queriendo sacarlo de su apuro, con su franqueza genial contestó:

— ¡Vamos, caballero! cualquiera cosa que sea, dígala Vd. sin miedo. Si Vd. fuera un veterano como yo...

— Es que... balbuceó Rafael.

— ¡Nada! ¡Cartucheras al cañon! como se dice entre soldados.

— Déjalo hablar, dijo D^a. Isabel impaciente por saber al fin de qué se trataba.

— Pues bien, dijo Rafael, el caso es que David está....

— ¿Qué?... interrumpió D^a. Isabel.

— Está enfermo.

— ¡Mi hijo! ¡mi hermano! exclamaron á un tiempo D^a. Isabel y Virginia.

— ¡Cañones! exclamó á su vez D. Juan; pero de qué? ¿Dónde está?

— Ya lo traen, contestó Rafael.

— ¡Jesús! dijo D^a. Isabel; ¿pues que tiene? y se puso á llorar.

Virginia tambien cedió á los impulsos de la naturaleza, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

— Vamos, dijo D. Juan conteniendo apenas las que asomaban á sus ojos, nada de llanto; será cosa de poca importancia. Un vahido, ¿no es verdad?

Rafael no atinaba lo que debia contestar. Su silencio fué interpretado de mal agüero. La señora se abandonó á su pesar exclamando: — ¡Muerto! ¡muerto tal vez!

Virginia sollozaba.

D. Juan enjugaba las lágrimas que no le era dado detener.

Rafael dijo á D^a. Isabel: — No, señora, el mal no es de tanta gravedad, es...

Llamaron á la puerta; todos corrieron á ella, y al ver la camilla en que venia tendido David, los gritos sustituyeron á los sollozos, y D. Juan mismo se acercó á la camilla gritando: — ¡Hijo mio!

David estaba muy debilitado por la pérdida de la sangre, pero haciendo un esfuerzo levantó la cabeza. Cayendo á ese impulso la levita con que venia cubierto, pudo verse su semblante pálido y desfigurado.

El cariño paternal recibió un choque al impulso de dos afecciones diversas: la alegría y el dolor.

La esperanza habia renacido en los corazones de los padres y de la hermana David al ver que vivia aun.

El súbito cambio de sus facciones y su desaliento habian revelado á la sensibilidad de la familia que el mal era grave. Imposible es pintar los dolorosos transportes de aquella familia, unida por el mas acendrado cariño.

Para comprender estas impresiones, es necesario sentir las.

Todos lloraban, y hasta la vieja criada vertía las últimas gotas de llanto que guardaban sus marchitos párpados.

Colocaron cuidadosamente á David en su lecho, y solo entonces y despues de un cuarto de hora de lamentos pudieron ocuparse de averiguar la causa de su desgracia.

Rafael era incapaz de mentir.

Refirió los hechos con toda verdad.

Doña Isabel no pudo menos que prorumpir en quejas contra Rafael, que, lejos de disculparse, procuraba con un silencio generoso atenuar la culpabilidad de David.

Don Juan se manifestaba profundamente animado en contra del general, del coronel y sobre todo del policía; pero disculpaba á Rafael, sosteniendo que habia obrado cuerdamente acompañando á su hijo.

— ¡Calla, mujer! decia á D^a. Isabel al oír las inculpaciones que esta hacia á Rafael, el desafío es un lance que todos los hombres deben aceptar y aun en caso necesario buscar. ¡Qué diablo! el que no ha tenido un duelo en su vida es un imbécil á quien cualquiera tiene derecho de menos-

preciar. Sin ir muy lejos, cuando acompañaba al general Hidalgo...

— Ya ves, dijo D^a. Isabel, las consecuencias de tus ideas, siempre cantando que los hombres han de tener valor, que deben matarse hasta por un gesto; y dirigiéndose á Rafael: — Pero Vd. es el responsable de la muerte de mi hijo.

Rafael continuó aceptando generosamente el papel de culpable, y solo para calmar el dolor de D^a. Isabel contestó:

— No debe Vd. temer por su vida; el reposo y la abstinencia espero que efectuarán su completa curacion: sin embargo, como dije á Vds., ya mandé á Martin en busca del D^r. Flores.

— Sí, sí, dijo D^a. Isabel, y yo lo espero con impaciencia para que me diga si es cierto que no está de riesgo mi pobre hijo.

La señora, llevada de su dolorosa impresion, hacia á Rafael la nueva injuria de dudar de su palabra, y necesitó el extremo de una resolucion heróica de sacrificarse enteramente por su amigo para acallar la profunda impresion de desagrado que le causaban las injustas acusaciones de la madre de David.

Rafael perdía todo un porvenir de ilusiones echando sobre sí la responsabilidad de un hecho que había reprobado. Su corazón comenzaba á sentir la fuerza de una irresistible simpatía por Virginia, y sin embargo se hacía el objeto del odio de aquellos ancianos de quienes dependía absolutamente su felicidad. ¿Cómo habrían de consentir que volviese á la casa que encerraba el tesoro de sus aspiraciones?

Esperaba al médico para instruirle de la operación que había practicado para curar á David; pero inmediatamente que terminase su información, daría un adiós eterno tal vez á aquella modesta casa que le parecía tan hermosa en su sencillez, á aquellas flores cuyo aroma le parecía más embriagador, á aquellos canarios cuyos gorjeos le parecían más melodiosos, porque esa casa, esas flores, esas aves pertenecían á Virginia.

Es verdad que D. Juan no le hacía recriminaciones, que Virginia lloraba en silencio, sin que sus ojos lo agobiasen con una mirada de rencor; pero acaso las acusaciones de D^a. Isabel levantaban en ese instante en el corazón de aquella vírgen una barrera que se hacía insuperable,

mientras que David se hallaba en estado de declarar la verdad, y entonces... ya no sería tiempo de engendrar un amor tan puro y tan apasionado como el que Rafael profesaba á la simpática Virginia.

El médico llegó, y después de informarse del modo con que David había sido herido, cuya relación le hizo Rafael con toda exactitud, pasó á la alcoba para hacer sus observaciones.

Rafael dijo al médico que había determinado verificar desde luego la primera operación, porque en el sitio donde había pasado el acontecimiento no había facultativos.

El Dr. Flores, que era amigo de Rafael, que conocía su clara inteligencia, su asidua aplicación, no quiso ya que se desatasen los vendajes que había colocado Rafael: este se detuvo cuando iba á hacerlo, porque el doctor le dijo:

— Es inútil, amigo mío; basta que Vd. me explique el carácter de la herida y los síntomas que la acompañan. Vd. es un muchacho de provecho á quien solo le falta el título.

Rafael, ruborizándose, contestó: — Vd. me honra más de lo que merezco, y temo mucho tenga

Vd. hoy un desengaño, á pesar de que el cariño que profeso á David puede haber hecho un milagro. Y despues de manifestar al D^r. Flores su gratitud de esta manera, continuó :

— La herida está situada en la parte media del flanco derecho. Es una herida penetrante de vientre con salida al intestino delgado, pero estoy seguro de que este no tiene lesion alguna, así como tampoco una parte del epiplon que salió tambien. Como la hemorragia era considerable, tuve gran trabajo para contenerla ; logrado esto al fin, reduje el intestino, pero tuve necesidad de devridar la herida, cuya reunion solicité despues por primera intencion, valiéndome de la sutura enclavijada ; en seguida le puse el vendaje que Vd. ve.

La científica explicacion de Rafael, hecha con absoluta naturalidad, impresionó fuertemente al facultativo, que á pesar de tener una buena idea de los conocimientos de Rafael en medicina, nunca creyó que fuese tan inteligente en el terreno práctico ; por lo mismo, no pudo dejar de manifestarlo á la familia, diciendo :

— Señor D. Juan, debo confesar que es inútil el haberme llamado. Los cuidados de este jóven

bastarán al enfermo. Sin su auxilio pronto y eficaz, acaso el enfermo corria grave peligro, mientras que ahora no observo cosa alguna que deba alarmar á Vds. ¿ No es cierto ?

— Ya habia observado su pulso, dijo Rafael ; su regularidad me ha hecho creer que en efecto no hay peligro.

La familia experimentaba un cambio completo.

D. Juan, cuyas ideas por el duelo no amortiguaban el dolor de un padre, dió un abrazo estrecho á aquel jóven que así cumplia con los deberes del honor y de la humanidad.

D^a. Isabel daba sus disculpas á aquel á quien antes agobió con recriminaciones violentas.

Virginia, la preciosa Virginia, considerando en Rafael al salvador de su querido hermano, miraba á su hermoso amigo con la mas celestial dulzura al través de un espeso velo de lágrimas.

Hasta la vieja criada, que antes refunfuñaba contra él, decia mirándolo : — ¡ Al fin cara de ángel !

A la tempestad habia sucedido la bonanza. A las negras nubes de la desesperacion los atractivos rayos de la esperanza.

Al infierno la gloria.

CAPITULO VIII.

RAFAEL.

Nuestros lectores desearán conocer sin duda los antecedentes de nuestro jóven héroe. Vamos á satisfacer su curiosidad.

Veinticuatro años antes de la época en que se verifican los sucesos que hemos referido, existia en Veracruz un rico comerciante. Era viudo, su esposa habia muerto quince años antes al dar á

luz á una preciosa niña que no llegó á probar las dulzuras del cariño maternal, su corazón entregado á sí mismo se nutrió en el aislamiento.

Su padre, ocupado en sus negocios, apenas podía dedicarle unas cuantas horas.

Don Rufo, que así se llamaba, educado según el sistema español, tenía un carácter poco á propósito para dirigir á una niña.

Exacto en sus distribuciones, jamás interrumpió su método para procurar alguna grata novedad á su hija.

Levantarse á las cinco de la mañana, oír misa, desayunarse y entregarse luego al trabajo hasta las nueve, hora en que se hacía el almuerzo, volver al escritorio hasta la hora de comer; en la noche, rezar el rosario con toda la familia y jugar al dominó ó al ajedrez con algunos tertulianos de la casa: tal era el método de vida de D. Rufo. Los domingos un paseo por el muelle ó por el camino de Méjico: estas eran las diversiones de Matilde.

Ella, entregada cuando niña á una maestra indigesta y regañona, había saboreado á pequeñas gotas la amarga soledad. Se oprovechaba de las

lecciones y superaba en aplicación á sus compañeras, que la tenían ojeriza por sus adelantos.

A los doce años se la entregaron á su padre perfectamente diestra en todos los ramos pertenecientes á su sexo, pues la escritura estaba prohibida á las jóvenes en aquella época.

¡Precaución inútil!... El amor es omnipotente y no conoce obstáculo.

De doce años volvió á su casa, de cuya dirección se encargó. Su desempeño era inmejorable. Dedicada á sus ocupaciones, pasaban para ella los días insensiblemente hasta que llegó á los quince años.

A esta edad, su tez era florida como el de las mujeres de Normandía, su talle tenía el brioso despejo de las italianas, sus facciones la graciosa índole de las parisienses; mas ¡ay! esta linda flor estaba condenada á vivir sepultada en un invernáculo bien triste.

Don Rufo había conservado á su servicio un negro que, habiendo nacido su esclavo, había recobrado su libertad por la ley del 15 de setiembre de 1829. El negro, que tendría entonces siete

años, era el compañero inseparable de Matilde.

Él era quien la entretenía en los años de la lactancia, él quien la servía de apoyo para que no cayese cuando comenzó á dar los primeros pasos, él quien la enseñó á balbucear las primeras palabras.

Cuando iban á pasear por el muelle, el negrillo ahuyentaba á los cangrejos que horrorizaban á Matilde, y buscaba las conchitas mas preciosas para obsequiar á su amita.

Luego se ponía á torear las olas ó á pescar sardinas con su anzuelo.

No se extrañe esta confianza. En la Habana, por ejemplo, donde aun existe la esclavitud, algunos hijos de los negros viven en absoluta igualdad con los señoritos titulados, aun en aquellas familias que están mas pagadas de su noble origen.

La union de Sabino y de Matilde produjo el efecto natural, se hicieron inseparables por una mutua simpatía; solo que Matilde amaba á Sabino como á su esclavo predilecto, y este amaba á Matilde como á un ángel.

Matilde, llegada á la edad en que las niñas se hacen señoritas, sintió levantarse en su corazón esa necesidad íntima y profunda que llamamos amor.

Sabino estaba subyugado ya por una pasión tanto mas ardiente, cuanto menos realizable: amaba á Matilde.

En sus ardientes delirios besaba las alfombras, los vestidos y el calzado de su amita, pero ocultando cuidadosamente su pasión á todo el mundo, por temor de verse castigado y sobre todo separado de su ídolo.

El amor de Sabino era tan respetuoso como ardiente.

Sus ojos callaban delante de Matilde, y hubiera vivido así para siempre.

Matilde era orgullosa.

Un dia al volver de misa dejó caer su pañuelo.

Sabino se apresuró á levantarlo, y sin advertir que había delante de Matilde un espejo, se atrevió á imprimir sus labios sobre el pañuelo.

Matilde lo vió y levantó la voz para reconvénirle por su osadía. D. Rufo, que llegaba, se im-

puso del asunto, y Sabino fué ignominiosamente despedido en el instante.

El pobre negro salió con el corazón herido profundamente y resuelto á arrojarse al mar para acabar con su miserable existencia. Ya se dirigia á tomar un bote para poner en práctica su desig- nio lejos del lugar donde pudiera ser socorrido, cuando pensó que mas valdria que viviese para cuidar á su adorada.

Un año pasó trabajando de cargador en la aduana sin perder de vista uno solo de los movi- mientos de su ama.

Esta olvidó pronto á su compañero de infan- cia.

El escritorio de D. Rufo estaba en los bajos de su misma casa. Una de las puertas comunicaba con el patio. D. Rufo tenia entre sus dependientes un jóven de veinticinco á treinta años. Su exte- rior era agradable, pero á través de su fisonomía se dejaba entrever cierta doblez que repugnaba. Su lenguaje era afectado y de excesiva afabili- dad. Siempre acicalado con el esmero de una dama, se hacia notar entre sus compañeros, que le habian dado el sobrenombre de *la doncella*.

Este individuo supo apoderarse insensiblemente del corazón de Matilde : con sus furtivas miradas comenzó por fascinarla, luego afectando ocultarse de la jóven hacia que esta lo viese absorto con- templándola desde la reja del escritorio.

La incauta Matilde, cuyo aislamiento la can- saba, fijó al fin su atención en ella. Entregada á sí misma, sin conocimiento del mundo, ¿qué podia hacer? Pronto, cediendo á las exigencias de su edad y de una hábil seducción, fué víctima de su falso amante.

Este, que no buscaba otra cosa que la cuan- tiosa herencia de D. Rufo, creyó que solo se deci- diria á casar á Matilde con él cuando la viese perdida. Sin miramiento al candor y á la ternura con que Matilde lo amaba, consumó su seducción.

Para ponerse á cubierto del primer ímpetu de D. Rufo, al conocer el estado de Matilde se fué á Méjico á esperar el resultado de su atrevi- miento.

Matilde creyó morir de pena al conocer su si- tuacion. Sin una persona á quien consultar, in- experta en tales circunstancias, pronto fué descu- bierta por los primeros síntomas.

Don Rufo al principio no fijó en ellos la atención, tan preocupado estaba en sus negocios; pero cuando llegó á sospechar lo que pasaba, tomó la caja con sus pistolas y se dirigió á la sala á donde habia hecho avisar á Matilde que lo esperase.

— ¡Señora, le dijo, vengo á saber de Vd. si es cierto que está deshonrada!

La infeliz Matilde, cuya misma candidez la habia denunciado, no tuvo fuerzas mas que para echarse á los piés de su padre gritando: — ¡Perdon, padre mio! ¡Perdon!

— ¿Con que es cierto? gritó D. Rufo frenético de cólera, ¿con que es cierto, hija infame? ¡Vas á morir!

Matilde, agobiada por la vergüenza y por el dolor, se resignó á morir y no contestó una palabra.

Don Rufo tomó una pistola que apoyó en la frente de su hija. Matilde no se movió.

Don Rufo levantó la pistola y dijo á Matilde:

— No, antes de morir declárame el nombre de tu seductor. Matilde guardó silencio.

— ¿No respondes? gritó D. Rufo.

— ¿Lo perdonaréis?

— ¡No! lo mataré!

— ¡Entonces moriré sin decirlo! contestó Matilde con una sublime abnegacion. Ignoraba ¡infeliz! que el amor de su cómplice tenia por única mira sus riquezas.

Don Rufo entonces, viendo la resolucion de Matilde, consideró que en vano usaria la violencia y salió de la sala abrumado por el pesar, pero resuelto á no transigir con el infame que habia perdido á su hija.

Matilde se retiró á su cuarto, de donde no salió.

Don Rufo fué á buscarla, y le declaró que si no le revelaba el nombre de su amante no debía contar con su afecto ni con su herencia.

Ella contestó que solo hablaria en el caso de que le asegurase el perdon de su amante.

Irritóse D. Rufo de tal modo, que inmediatamente se sintió indispuerto. Llevado de su enojo no quiso ver mas á Matilde, é hizo testamento cediendo sus cuantiosas riquezas á la Iglesia.

A poco tiempo D. Rufo murió á consecuencia de su cólera sin escuchar las súplicas de su hija, cuyo dolor estuvo á punto de llevarla tambien al sepulcro.

El carácter testarudo de D. Rufo y su indignación fueron causa de que se publicase un asunto que debiera haber sido sepultado en el secreto mas profundo. La sociedad imprimió en la frente de la víctima el sello de su reprobación. — Matilde se vió infamada.

Terrible injusticia, pero que se repite todos los dias.

El abandono, la vergüenza y el desprecio son el castigo de las decepciones del candor.

La sociedad, en vez de dar la mano á las inocentes víctimas de la seducción para preservarlas de un porvenir infame, las arroja con vilipendio á los inmundos sitios de que debiera apartarlas.

Se dirá que á veces transige con la infamia, que suele tener sus condescendencias con los infractores de la moral, pero ¿en qué casos? Cuando las manchas se ofuscan con el oro ó el poder. Por eso no olvida las del pobre ó desvalido.

En el momento en que murió D. Rufo, el albacea declaró á Matilde su desheredación y esta se vió sin tener un apoyo.

Estaba agobiada por la pesadumbre, juzgándose

la única causa de la muerte de D. Rufo, y este dolor la preocupaba de suerte que no fijó la atención en la pérdida de sus riquezas.

Resolvió dejar una casa que le recordaba sus dias de ventura y esperar el cumplimiento de las promesas de su seductor. ¡Cuán lejos estaba de sospechar de su lealtad!

El desprecio que leia en los semblantes de aquellos que cuando estaba en la opulencia la lisonjeaban, el cuidado con que evitaban su contacto todos aquellos que antes de su desgracia solicitaban su amistad, le inspiraron tal horror por todo lo que la rodeaba, que determinó huir de la ciudad; y en efecto, como si temiera alguna persecución, tomó unos cuantos vestidos y se dirigió al camino de Méjico.

Cualquiera creerá que obró con demasiada ligereza; pero ¿qué pudo hacer al verse así abandonada de todos?

Salió de la ciudad llevando consigo únicamente una caja con algunas alhajas, decidida á ocultarse á las miradas de todos en la casa de su ama de leche, que vivia en una casucha á poco distancia de Veracruz.